



Inteligencia en la guerra

Humberto Julio Reyes*
General de Brigada

En este libro, John Keegan, el famoso autor británico de otros quince textos entre los que se cuentan: El rostro de la Batalla, Seis Ejércitos en Normandía y La Máscara del Mando, aborda el tema del valor y las limitaciones de aquello que los militares pueden conocer del enemigo.

A través del minucioso estudio de diferentes casos reales, se presenta tanto la evolución de la guerra como el progreso de la inteligencia, especialmente en sus aspectos tecnológicos. Algunos de los casos seleccionados son prácticamente de antología: Creta y Midway, por ejemplo. Otros probablemente son poco estudiados, al menos en nuestro país, como es el caso de la Campaña del valle de Shenandoa, durante la guerra civil de los EEUU.

Lo interesante es que se cubren todas las dimensiones de la guerra aunque se observa preponderancia en las acciones navales o aeronavales, aspecto absolutamente comprensible, considerando la nacionalidad del autor.

En el capítulo referido a la búsqueda y destrucción de la flota francesa, por parte del Almirante Nelson, en 1798, durante la campaña de Napoleón en Egipto, el énfasis está centrado en la obtención de inteligencia, a partir exclusivamente de fuentes humanas, y en su errónea o correcta interpretación, considerando siempre que, salvo el avistamiento directo, toda la información se recibía con notable desfase en el tiempo.

A continuación, se aborda la significativa ventaja que presenta el operar en un territorio cuya geografía y topografía son ampliamente conocidas, mientras que el adversario no posee dicho conocimiento. Es el caso de la conducción del General confederado "Stonewall" Jackson, durante la mencionada campaña de Shenandoa, en la primavera (hemisferio boreal) de 1862.

Avanzando en el tiempo aparece la telegrafía sin hilos como medio para transmitir información prácticamente en tiempo presente, aspecto que se ilustra con las operaciones de la escuadra de cruceros del Almirante Von Spee, en 1914, marcadas por su resonante triunfo en Coronel y su derrota definitiva en las Falklands, con el epílogo del hundimiento del Dresden, el último buque sobreviviente, el 14 de marzo de 1915, en aguas chilenas del archipiélago de Juan Fernández.

Página 1 de 4



Digamos de paso que fue la interceptación y desciframiento de un telegrama alemán lo que permitió a los ingleses ubicarlo cuando esperaba reabastecimiento de carbón.

Bajo el sugestivo título "Creta, el conocimiento anticipado no ayuda", presenta Keegan este caso clásico en los anales de la inteligencia, por cuanto, pese a conocer el mando británico en la isla los planes de la inminente invasión alemana, sus fuerzas fueron derrotadas por un enemigo notoriamente inferior en número. Es conocido el hecho que la inteligencia británica había logrado romper la clave alemana pero los mandos que tenían acceso a los mensajes no podían compartir dicho conocimiento, justamente para evitar que el enemigo advirtiera lo que estaba sucediendo.

Siendo así, el comandante del Reino Unido en Creta, general neozelandés Freyberg, tuvo que resolver sin asesoría el dilema de considerar si el asalto aerotransportado sería seguido por otro procedente del mar. Este nunca se materializó pero implicó que medios importantes fueran asignados a enfrentarlo, en detrimento de las fuerzas que se opusieron al desembarco aéreo.

En realidad, según uno de los más reputados expertos en el trabajo de desciframiento llevado a cabo por los británicos, es que tanto la fuerza como el conocimiento anticipado se necesitan para ganar batallas. Freyberg habría dispuesto de ambos, pero no estuvo en condiciones de identificar correctamente los objetivos alemanes y éstos, pese a su notoria inferioridad numérica, combatieron con un arrojo y determinación admirables, aspecto reflejado en el alto porcentaje de bajas que sufrieron. La lección de este caso sería que la inteligencia es buena, en la medida que se haga un buen uso de ella.

El caso siguiente es Midway, que se presenta bajo la interrogante de si fue una completa victoria de la inteligencia americana. Nuevamente nos encontramos con un caso en que el adversario que está a la defensiva posee un conocimiento anticipado de las intenciones de su oponente, primero por haber logrado romper sus claves y segundo, mediante una hábil treta para inducirlo a revelar el objetivo de su futuro ataque, en este caso el desolado atolón de Midway, en el Pacífico Central.

Sin embargo, pese a esta ventaja del lado americano, que les permitió reforzar las defensas de la isla y ubicar convenientemente los tres portaviones disponibles, el resultado final a su favor fue más bien el producto del azar y de decisiones erróneas por parte del mando japonés.



Ello no le resta mérito al sobresaliente trabajo realizado por la inteligencia estadounidense, pero enfatiza que el resultado final no estaba predeterminado y que estuvo en la balanza hasta el último momento. El autor nos señala: los resultados en la guerra, en última instancia, son un asunto del cuerpo y no de la mente; de fuerza física, no de planes ni de inteligencia. Recalca lo anterior con la frase: Midway demuestra que aun la posesión de la mejor inteligencia no garantiza la victoria.

En seguida, presenta la contribución de la inteligencia a la victoria en la Batalla del Atlántico, advirtiendo desde el principio que fue un factor entre muchos.

En la lucha entre los convoyes aliados y las manadas de submarinos alemanes, la mutua interceptación y desciframiento de mensajes radiales fue fundamental para ambos bandos, especialmente, en el caso de los convoyes y sus escoltas, para conocer la probable ubicación de sus atacantes y eludirlos. Para los submarinos alemanes la información relativa al zarpe y rutas de los convoyes era vital para ubicarse oportunamente y esperar su paso.

Sin embargo, Keegan señala que la batalla pudo haber sido ganada sin la ayuda de quienes lograron romper la clave alemana, aun si ella sirvió para inclinar la balanza a favor de los aliados. En su opinión fue el factor humano, representado por la resistencia y determinación de los marinos mercantes y sus escoltas, lo que finalmente permitió vencer la amenaza submarina.

El capítulo siguiente está dedicado a la inteligencia humana y las armas secretas, ejemplificado en la forma en que los aliados lograron enterarse de los programas alemanes relativos a las famosas bombas V1 y V2.

Resulta especialmente ilustrativa la pugna entre los expertos británicos respecto a evaluar correctamente la amenaza de estas nuevas armas y la dificultad de aceptar la existencia de algo que desconocían y que estaba muy avanzado en relación al propio progreso tecnológico. La inteligencia humana de parte de los británicos se expresó tanto a través del espionaje, para obtener información de los planes de producción y empleo alemanes, como en el contra espionaje, para transmitir información falsa respecto a los efectos logrados por dichas armas.

Después de los casos de estudio, un epílogo presenta la evolución de la inteligencia desde 1945, deteniéndose en la Guerra de las Falklands, por considerar que es el único conflicto convencional de tiempos recientes del cual existe un razonablemente completo cuadro de la inteligencia en todas sus complejidades: de señales, electrónica, de comunicaciones, humana y fotográfica.



En nuestro caso, ésta sola parte hace que valga la pena obtener el libro, especialmente por lo referido a las limitaciones experimentadas por las fuerzas argentinas. Termina este capítulo con algunas reflexiones sobre la guerra al terrorismo y cómo el desafío para los servicios de inteligencia occidentales está en acceder a la mente de los fundamentalistas para vencerlos desde adentro, recurriendo a algo parecido a los agentes de policía que se infiltran en las organizaciones delictivas.

Pese a que, hoy por hoy, los adelantos tecnológicos permiten monitorear muchas de las comunicaciones que necesariamente deben transmitir las células terroristas, identificándolas y localizándolas, pareciera que lo más efectivo es recurrir al más antiguo de los métodos de inteligencia, el contra espionaje directo y personal.

Un capítulo final se dedica al valor de la inteligencia militar, comenzando por la sugestiva frase: "la guerra, a fin de cuentas, es hacer, no pensar". Junto con recordar al lector que los macedonios derrotaron a los persas en Gaugamela, no por haberlos tomado por sorpresa, sino por la ferocidad de su ataque. Keegan refuerza lo anterior diciendo: "la guerra no es una actividad intelectual sino que algo brutalmente físico".

Ello tiene su valor por provenir justamente de alguien sin experiencia militar alguna, como mencionó años atrás en una visita a nuestra Academia de Guerra, y que se ha hecho un profundo conocedor de los temas militares por su incansable actividad como investigador e historiador. Recurre también en este capítulo a las conocidas frases de Sun Tzu y Clausewitz: "la guerra es el reino del azar" y "nada en la guerra es sencillo".

Así, pasa revista nuevamente a diversos episodios de la historia militar, para especular en lo que podría haber sucedido si las decisiones de sus protagonistas hubieran sido diferentes, sin perder de vista lo que podría resumir todo este interesante y entretenido libro, la inteligencia puede ser usualmente necesaria pero no basta para obtener la victoria.

*Magíster en Ciencias Militares y Sociología Militar (Acague)